

el punto de partida de una discusión que, sin desprenderse de lo fenoménico e histórico, releva y destacara la capacidad del ser humano, —y de las clases dominadas en particular, —para concebir y desear una sociedad nueva, y, por lo tanto, para luchar contra los concretos poderes de la opresión. Diversos movimientos sociales de nuestra historia presente nos muestran este ímpetu o pulsión utópica, que rechaza porfiadamente lo real—actual, para afirmar con plena convicción un futuro “posible” y convertible, en proyecto político. Estas tendencias portadoras de utopía se encarnan en movimientos obreros, estudiantiles, en luchas campesinas, en reivindicaciones étnicas, en organizaciones feministas, en comunidades cristianas, etc. Ellas deben ser sometidas a un juicio racional, a un discernimiento que desentrañe en ellas los gérmenes creativos de vida plena,— que comienza por su reproducción física o material,— y los aisle de eventuales factores neutralizantes como el exclusivismo chauvinista o la fantasía delirante, ambos negadores de la vida con su requerimiento esencial de concreción, realismo y de universalidad.

Los trabajos que abordan este tema se sitúan en variados niveles de abstracción y en distintas perspectivas contextuales. Se ofrecen, también, diversas aproximaciones metodológicas: filósofos, antropólogos, psicólogos, sociólogos, teólogos, politólogos, contribuyen desde posturas y preocupaciones diferentes. Por otra parte, la tensión entre lo real y lo posible, como espacio de emergencia del impulso utópico, presenta facetas y problemáticas muy distintas en Cuba, por ejemplo, en donde el proceso revolucionario construye un orden nuevo, o en Centroamérica, lugar de enfrentamiento agudo entre el pueblo y el imperialismo, o en Brasil, escenario en donde surgen movimientos sociales inéditos, o en Chile, en donde la experiencia de una prolongada dictadura lleva a acariciar la utopía del consenso. La variedad de la experiencia latinoamericana se alza contra las simplificaciones tranquilizantes. Y aquí el rechazo al dogma, sea de corte positivista, teológico o pseudocientificista,— se impone como la primera evidencia. La mayoría de las ponencias del encuentro lo reflejan nítidamente. Es que el derecho a pensar y a repensar no es necesariamente síntoma de eclecticismo. Parece ser la condición de una praxis de liberación, siendo esta última, en última instancia, el criterio de verificación de todo pensamiento relevante.

En la organización del libro se ha agrupado en una primera sección, un conjunto de trabajos centrados en la problemática de la utopía misma. Algunos la abordan desde un ángulo epistemológico (la razón negativa, los límites del conocimiento posible, la razón y la teleología). Otros se interesan en ella como producto social y en sus condiciones de existencia. Los hay que se distinguen variedades de utopías como paso previo a su discernimiento. Una segunda sección reúne contribuciones muy diversas que reflexionan a partir de ciertos proyectos políticos, interrogándose acerca del significado del realismo, de la utopía y del problema de las mediaciones necesarias en vista de la eficacia política. La tercera parte recoge tres trabajos sobre movimientos sociales específicos, como el de los indígenas, los negros y las mujeres. La última sección ofrece estudios teológicos y bíblicos, al mismo tiempo que aportes al estudio científico del fenómeno religioso, sea en sus funciones utópicas o de estímulo a la esperanza y a la acción, sea en sus funciones anti—utópicas o de represión de lo nuevo.

En suma, se trata de un libro que, pese a la disparidad y desigual profundidad de las contribuciones, merece ser leído con atención por los analistas de la realidad social y política de América Latina.

Andrés Opazo Bernal
CSUCA. Programa Centroamericano
de Ciencias Sociales

LA IGLESIA DE LOS POBRES EN AMERICA CENTRAL. - *Pablo Richard—Guillermo Meléndez*, Editores. Colección Centroamérica, Departamento Euménico de Investigaciones, DEI, San José, Costa Rica, 1982, 346p.

El libro cuyo comentario se nos ha solicitado constituye sin duda un esfuerzo pionero dentro del campo de la investigación social en nuestra área centroamericana. Presentado como “Un análisis socio—político y teológico de la Iglesia Centroamericana (1960-1982)”, la obra representa uno de los primeros intentos de sistematización de un fenómeno que con el tiempo ha ido mostrándose más y más actual.

En efecto, hoy con mucha mayor razón que cuando este libro fue concebido y ejecutado, es imposible dejar por fuera el importante papel que

juegan la religión (y las Iglesias) en el acontecer político de nuestros países. A fines de la década de los 70 este hecho era evidente para cualquiera medianamente informado sobre la situación centroamericana, pero se carecía de los elementos básicos para su adecuada comprensión, lo que afectaba sobre todo a quienes no se encontraban directamente vinculados al medio eclesiástico. Se planteaban todo tipo de interrogantes: ¿porqué y en qué condiciones surgían ese conjunto de actitudes y prácticas que se iban paulatinamente aglutinando bajo el denominador común de la Iglesia de los Pobres? ¿se trataba de hechos espontáneos, sin ninguna vinculación orgánica o funcional con la Iglesia institucional? ¿eran aislados o se desarrollaban en forma similar en diversas regiones y países? ¿significaban una ruptura radical con las prácticas religiosas tradicionales o había un referente histórico indispensable de recuperar? ¿cuál era su relación efectiva con el movimiento popular, otro fenómeno contemporáneo de importancia crucial en Centroamérica?

En ese contexto el Departamento Ecuménico de Investigaciones DEI se propuso la realización de un trabajo que reconstruyera en forma global la experiencia de las últimas décadas en los cinco países centroamericanos "históricos", destacando el papel que la Iglesia Católica ha desempeñado en la misma y, particularmente, el de una expresión de esta Iglesia, calificada por su "opción por los pobres", y que aparecía como producto tanto de nuevas concepciones teológicas (visibles sobre todo a partir del Concilio Vaticano II, en 1962) como de las experiencias pastorales desarrolladas en los últimos tiempos en la región.

En la elaboración de este libro, además de buscarse una globalidad en el tratamiento, tanto geográfica como temática (lo socio-político y las manifestaciones de las concepciones teológicas) y orgánica (jerarquía y base), se procuró recuperar la visión que de su realidad tenían los actores mismos, en este caso, "cuadros medios" de organizaciones de base cristianas. La sistematización de dichos aportes se procuró introduciendo pautas de análisis común, promoviendo discusiones colectivas y finalmente estuvo a cargo de Guillermo Meléndez, uno de los coeditores.

La primera virtud que destaca en el libro es que nos permite conocer el caso de cada país en forma individualizada, siguiendo un esquema que reconstruye paso a paso los hitos principales del desarrollo sociopolítico y las manifestaciones que en el seno de la Iglesia han ido apareciendo, a lo largo de

las últimas décadas. De tal forma, es posible seguir, a través de un bien logrado resumen, la evolución de la crisis política por la que atraviesan la mayoría de nuestros países, a la vez que los diversos modelos de Iglesia que han aparecido en cada situación determinada (Cristiandad Conservadora, Neo-Cristiandad, Anti-Cristiandad). Sumamente apropiada resulta la inserción, al principio del libro, de un capítulo a cargo de Guillermo Meléndez, en el cual, para una adecuada comprensión del contexto general, se esboza la evolución económico-política de la región como un todo, incluyendo su dimensión internacional. En la Introducción, a cargo de Pablo Richard, se exponen además de la mecánica seguida en la investigación, los referentes teóricos y metodológicos que la condujeron.

El solo hecho de contener en un único texto una relación del proceso sociopolítico contemporáneo en la región y en cada país considerado haría de por sí a este libro un material de referencia obligado. Para ello también concurre el que se haya procurado exponer los hechos en forma sistemática, destacando las etapas en que puede dividirse el período considerado, tanto a nivel del Estado y el proceso social-político, como de la institución eclesial. Estamos seguros que incluso aquellos lectores vinculados directamente con las actividades políticas y eclesiales relatadas, encontrarán de mucha utilidad la información que se recopila, tanto por su cobertura geográfica y temporal, como por su cuidado en el detalle y el análisis. La exposición, como se ha advertido, no pretende ceñirse a procedimientos académicos estrictamente formales, puesto que ha procurado recoger la visión de actores que necesariamente adoptan posiciones bien definidas. Por tal motivo, no debe causar extrañeza el encontrar puntos de vista que pudieran parecer parcializados, lo mismo que prospecciones que con el paso del tiempo han demostrado ser poco fundadas (como el optimismo presente en las últimas líneas del informe sobre El Salvador). Antes que defectos, se trata de la lógica consecuencia de la cualidad principal que anima a la obra, la cual es comprometida, testimonial.

La Introducción a cargo del conocido teólogo Pablo Richard resulta particularmente clarificadora, sobre todo para un lector poco habituado a estudios de este tipo, en cuanto señala con precisión los ejes que han procurado guiar a toda la investigación. Estos fueron, por un lado, la relación entre la Iglesia jerárquica y el Estado-clases

dominantes, y por el otro, aquella existente entre la Iglesia y el movimiento popular. En lo que respecta al primer punto, y a diferencia de lo que la tradición sociológica ha sostenido, la función legitimadora que la religión ha prestado usualmente al poder establecido no es vista como una función necesaria, pudiendo presentarse conflictos y hasta rupturas. El segundo eje de análisis, a nuestro juicio el más importante y poco explorado, procura destacar "la influencia de la evangelización libertadora sobre la conciencia popular; y la influencia de la toma de conciencia de las clases explotadas sobre la conciencia religiosa y cristiana del pueblo" (p.17). En lo particular, creemos que en la definición adecuada de esta relación y su dialéctica (que no es simple interacción) está la clave para la comprensión de un fenómeno de importancia crucial en la lucha ideológica en nuestros países.

En esta tarea estarán incluidos no solamente aquellos involucrados, directa o indirectamente, en el campo eclesiástico, sino también aquellos que, como se indica en la Introducción del libro, se desearía integrar "en una misma práctica de liberación, donde nadie manipule a nadie, sino, por el contrario, cada parte se integre en el todo, conservando su identidad y misión propias". Esto último sin duda tiene que ver con una importante premisa teórico metodológica indicada también en ese lugar: si bien se adopta con claridad la categoría de totalidad y la determinación estructural, el estudio insiste en la existencia de lo que denomina "autonomía relativa de la Iglesia", que entendemos vendría a ser como una manifestación particularizada de lo que corrientemente se entiende como la autonomía relativa al campo ideológico. Esta afirmación de principio, en la que como tal ciertamente estamos de acuerdo, a nuestro juicio no debería interpretarse en términos de que los análisis del fenómeno religioso son inaccesibles a quienes no se encuentran familiarizados con la terminología teológica, ni comparten sus premisas. Para un científico social el hecho de la fe y sus diversas manifestaciones debe ser aproximado de la misma manera que cualquier otro objeto de estudio, procurando descubrir y comprender su naturaleza y determinaciones particulares. Sólo en ese sentido adheriríamos a la afirmación contenida en la sección que comentamos, de que la autonomía del campo religioso se manifiesta en el hecho de que las contradicciones objetivas de la sociedad son "procesadas en la conciencia eclesial en términos propios, que sólo se hacen inteligibles a partir

de la fe" (p.15). Pero no podríamos estar de acuerdo, como se afirma más adelante, que los fenómenos descritos en una investigación como ésta, en cuanto van acompañados de una renovación eclesiástica, espiritual y teológica, no puedan ser objeto de una interpretación adecuada de parte del "puro análisis sociológico" (p.18). Lo que probablemente se quiso enfatizar es que las ciencias sociales han prestado muy poca atención al análisis de las distintas concepciones de la relación entre Dios, el mundo y el hombre, contenidas en las diversas concepciones teológicas, así como de las lógicas igualmente diversas que consiguientemente introducen éstas en los discursos y prácticas sociales de los actores sociales involucrados. Y dentro de esto, a los distintos modelos de organización de la práctica religiosa que de hecho van configurándose. Ciertamente que el análisis científico de estos fenómenos requerirá abocarse a materiales con los que usualmente está poco familiarizado el investigador o el político, pero eso no quiere decir que sean coto cerrado de los teólogos profesionales.

Es preciso reconocer que en todo el campo del análisis ideológico hay todavía mucho camino por recorrer, tanto en lo teórico como en lo metodológico. La experiencia misma que significó el intentar aplicar parámetros como los indicados en la investigación que comentamos, debería dar paso a la depuración progresiva de los instrumentos de análisis empleados. Investigaciones posteriores, que han venido apareciendo en diversos países centroamericanos, parecen indicar que se seguirá avanzando en el camino trazado por esta importante obra.

Jorge Cáceres Prendes
CSUCA Programa
Centroamericano de
Ciencias Sociales

PROTESTANTISMO Y LIBERALISMO EN AMÉRICA LATINA. por José Miguel Bonino, Carmelo Alvarez y Roberto Craig. San José, DEI y SEBILA, 1983, 91 pp.

No cabe duda de que el protestantismo creció en América Latina bajo el amparo de liberalismo, ideología de la nueva burguesía cafetalera agroexportadora. En Costa Rica, el caso del presidente Juan Rafael Mora (p.61) es claro. Justo Rufino